

LA CONMEMORACION DEL «TENORIO»

Se han cumplido cien años desde la noche que subió a las tablas, para incendiarse popularmente con luz de candilejas, *Don Juan Tenorio*. Cien años en los cuales la voz española de la calle y del hogar ha resuelto conflictos, se ha descarado en desplantes, ha iniciado idilios..., poniendo los versos de Zorrilla como intermediarios dialécticos de un sentido humano, conversacional y popular. No sólo el *Tenorio* se ha hecho arquetipo de amador fácil, despreocupado e invencible, sino que sus estrofas se han recañado como moneda expresiva, circulante y del más alto valor. Una entera centuria española ha calentado sus gargantas con frases de *Don Juan*.

Para la gloria del poeta, de aquel menudo pájaro cantor que fué José Zorrilla, apenas si puede imaginarse una forma más espectacular y absoluta. Don José, con toda la carga del retoricismo romántico, supo hacer versos de noble materia, versos en los que la expresión cotidiana podía encontrar su reflejo, levantada sobre un plinto de grandes palabras y grandes invocaciones. En el debatimiento doméstico que sumergió nuestro romanticismo, el hallazgo que diera sonido de autenticidad a las estrofas de Zorrilla fué precisamente lo que—con aparente paradoja—llamaríamos presuntuosa llaneza. El engolamiento del *Tenorio*, a través de la mecánica andadura de los versos, es, sin embargo, de una expresividad inocente y primaria en su fanfarronería. El pueblo así lo ha entendido y vorazmente se ha lanzado a hacer suyas las verbales enunciaciones zorrillescas.

No quiero referirme ahora al mito de Don Juan, a sus sucesivas encarnaciones, a su debatida sexualidad, a su drama religioso ni a su realidad española. Quede tan sólo señalado que la versión de Zorrilla resultó perfecta, como interpretación romántica del drama, y que su desmesuramiento es lo que le dió ese punto de comprensión popular del personaje.

Y ahora vamos al centenario. Quizá no sean los días que corren los más propicios para conmemoraciones literarias, según el juicio de algunos. Francia, por ejemplo, ha dejado pasar casi sin comentario los cien años de Verlaine. Claro es que a Francia le «llueve en el corazón» en estas horas; y con lluvia de fuego, de lágrimas y de plomo. Pero aquí la cosa no es igual. No ha habido demasiadas voces que eleven sus himnos en loor de nuestro «Burlador» romántico. Mas sí han faltado a la cita centenaria los ensayistas, los críticos, los eruditos. Zorrilla ha recibido su mejor homenaje sobre las tablas mismas de la farsa.

Juan Ignacio Luca de Tena ha querido que la mentirosa realidad del teatro rindiera a Zorrilla su merecido aplauso popular. Y lo primero que ha hecho ha sido sentar a nuestro poeta en el patio de butacas de una sala de hoy, pero frente al ensayo general de su *Tenorio* de la noche del estreno. Claro que con ser esto lo primero, Luca de Tena ha hecho bastante más en *De lo pintado a lo vivo*. Hombre de teatro, se ha colado hasta el interior de la trampa de la escena. Con motivo de la representación de *Don Juan Tenorio*, pone en juego, con las mejores artes, uno de los permanentes problemas de la acción dramática: el de la realidad de la ficción en el mundo representativo y convencional de las bambalinas y los bastidores, llevado a sus últimas consecuencias en el entrañamiento del actor con el personaje. La trasmutación del espíritu de la máscara en su acción sobre el soporte humano del actor es difícil que pueda encontrar un tan amplio y propicio campo de experiencias como el que brinda la representación del *Tenorio*. El hallazgo del tema es ya de por sí una de las primeras categorías valoradas de la obra. En este caso, el tema en sí también rinde homenaje al centenario. El planteamiento del problema no desboca la reverencia retrospectiva. Y si la fábula puede emprender el vuelo con las alas de «la capa de Don Juan», no por eso se despega del «clima del tiempo». Luca de Tena lo resuelve todo dentro del ambiente de nuestro romanticismo, de ese romanticismo de burguesas tragedias domésticas frente al desperzo grandilocuente de las pasiones.

Y gracias a ello hemos podido ver, a los cien años justos de encenderse las candilejas populares del *Tenorio*, cómo el drama de Zorrilla, con su verso alegre, su mito callejero y su empaque fascinador, llevaba otra acción recóndita en el juego de las trasmutaciones de la escena.

¡Qué mejor homenaje!

José María Alfaro